

WARHAMMER
40.000



⚡ *Ángeles de la muerte* ⚡

EL FIN DEL DEBER

ROBIN CRUDDACE

Lectulandia

Sólo en la muerte el deber termina, pero no hasta que el enemigo sea derrotado. Un hermano de batalla de los Grifos Aullantes, el último de su escuadra, mantiene la línea contra una horda de enemigos pieles verdes. A medida que su cuerpo se apaga, lucha para mantener a los orkos a raya hasta que los refuerzos lleguen y que pueda enfrentarse al fin de su deber.

Lectulandia

Robin Cruddace

El fin del deber

Warhammer 40000. Ángeles de la Muerte 11

ePub r1.0

epublector 17.03.14



Título original: *Duti's End*
Robin Cruddace, 2013
Traducción: ICEMANts, 2014

Editor digital: epublector
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Y el mundo se volvió negro.

Su visión regresó breves momentos después. El Marine Espacial no había estado inconsciente por mucho tiempo, lo podía deducir a partir de los escombros que seguían cayendo de la explosión. Había un pensamiento difícil de alcanzar en la parte posterior de su cerebro, una pregunta que se negaba a salir a la superficie. Luego tomó su primera bocanada de aire y el dolor apuñaló su pecho. Con esfuerzo, se levantó del barro empapado en sangre y casi de inmediato se cayó, su cuerpo simplemente se dobló por el dolor.

Algo había pasado. Sabía que los Adeptus Astartes no debían tener dolor, o al menos no sentirlo de esa manera, no a menos que...

Con un pensamiento, activó los augures medicae incorporados en su servo-armadura automáticamente. Una multitud de luces rojas brilló al instante delante de sus ojos, advirtiéndole que el daño a su cuerpo era grave. Su corazón secundario había dejado de latir, su órgano de Larraman fallaba esporádicamente y una hemorragia interna masiva había sido detectada. Los sigilos de advertencia continuaron parpadeando con urgencia durante unos segundos, luego el Marine Espacial parpadeo, cerrando así los sigilos del chequeo. No necesitaba un Apotecario para interpretar el alcance de los daños. Estaba perdiendo sangre rápidamente, su cuerpo modificado genéticamente era incapaz de contener la marea. Se estaba muriendo, y rápidamente. El conocimiento trajo consigo una paz, que por unos segundos lo calmó y entonces la pregunta que había estado royendo el fondo de su mente, repentinamente nadó hacia la claridad.

«¿Cuál es mi nombre?»

Bajó la mirada a su cuerpo, la capa de barro y la sangre no bastaban para oscureciendo el rojo y el amarillo de su servo-armadura sazonada de cicatrices de batalla. Grifos Aullantes, Sción de Guilliman, Ángel de la Muerte. Él era todas estas cosas, pero eran títulos, no nombres. El Marine Espacial inspeccionó el campo de batalla envuelto en niebla, sin saber exactamente dónde estaba. Una gran batalla, sin duda se había luchado aquí, podía ver otras figuras blindadas que yacían muertos en el revuelto barro. Eran sus Hermanos de batalla. Podría nombrar a todos y cada uno de ellos, recordar la lucha a su lado en un centenar de mundos.

¿Pero por qué, no podía recordar su nombre?

Una figura se alzaba amenazante en el borde de su visión, abriéndose paso entre la mortaja que envolvía el campo de batalla. La figura se aclaró en su visión, un bruto de piel verde sobre-musculado, la visión inequívoca de un orko. Otros orkos avanzaban pesadamente detrás del primero, tan pronto como vieron al Marine Espacial bramaron guturales gritos pidiendo guerra y sangre.

La visión de los orkos tocó algo en su cerebro, un recuerdo de su capitán dando órdenes. «Mantener la línea», había dicho con sencillez. «Asegurar la cabeza de playa,

hasta que el resto de la compañía llegue a su posición. Los pieles verdes no deben, bajo ningún concepto atravesarla».

Los pensamientos sobre su nombre, se dejaron a un lado de momento. El enemigo estaba sobre él y tenía un deber que cumplir.

Se movió sin pensar, instintivamente su bólter trazo un arco suave para disparar al grupo de orkos. Apretó el gatillo y el arma rugió. El Marine Espacial podía ver los proyectiles volando hacia su objetivo, podía ver la demora infinitesimal entre la perforación a través del cráneo del orko y como salían sus sesos por la parte posterior. El cadáver decapitado cayó hacia delante, una neblina roja se formó en el aire cuando el cuerpo cayó en el barro. Aún no había caído y ya estaba rastreando con su bólter, con miras al próximo salvaje alienígena. El bólter ladró otra vez y otra vez, cada tiro un golpe de martillo que golpeó otra forma, cayendo por el impulso hacia sus pies. Otros cuatro orcos cayeron en rápida sucesión, pero tres más aparecieron, botas herradas pisoteando más profundamente sus muertos en el barro ensangrentado.

El Grifo Aullante descargó una ráfaga sobre el orko más cercano, alineando la mira de su bólter entre los ojos del siguiente alienígena antes de apretar el gatillo. Oyó un clic. Era un pequeño sonido, pero resonó con brutal fuerza en sus oídos. Era vagamente consciente de un cero parpadeante en la lente de su casco, una imagen periférica que trajo espontáneamente un destello antiguo de memoria: un sargento canoso castigando severamente a un recluta por cometer un error de este tipo.

¿Cómo puedo recordar eso, pero no mi nombre?

Un rugido puso de nuevo su atención en la acción, el primer piel verde estaba a escasos pasos de él, con el arma en alto. Aunque su cuerpo ardía de dolor, el Marine Espacial se movió por instinto, dando un paso a un lado y aplastando la culata del bólter en la garganta del piel verde en un mismo movimiento. Del golpe surgió un letal crujido, desde el cartílago hasta la columna vertebral del orko, el alienígena estaba muerto antes de que su cuerpo empezara a caer al suelo. El movimiento fue pura memoria muscular, nacido de años de duro entrenamiento. Esos mismos reflejos le salvaron cuando el segundo orko balanceó su hacha.

El Grifo Aullante dejó caer su bólter vacío y cogió la empuñadura del hacha con su palma ahora abierta. El impacto casi le rompió el brazo, pero el hacha se detuvo temblorosa y el Marine Espacial estrelló su otro puño en la mandíbula del orko. Los dientes se rompieron con el impacto y la cabeza del orko cayó atrás con violencia. Fue un golpe que habría hecho pulpa la cabeza de cualquier hombre, pero el orko era duro y fuerte, acostumbrado desde su nacimiento a las peleas, se recuperó rápidamente. El alienígena rugió toda su furia en la cara del Marine Espacial, baba sanguinolenta y restos de dientes salpicando su casco. El ensordecedor rugido fue cortado por un gorgoteo ronco cuando el Grifo Aullante desenvainó su espada de combate y la empotró en la garganta de su enemigo. Con un gruñido, pateó el cadáver apartándolo

de su espada, pero no a tiempo para bloquear el gancho del último orko.

El Grifo Aullante fue lanzado al aire por el golpe, aterrizó sobre su espalda, un dolor punzante recorrió su ya golpeado cuerpo una vez más. El orko, el más grande y feo que había visto, bajó la mirada hacia su presa derribada y sonrió a medida que avanzaba, las fauces de las grandes cizallas mecánicas que tenía en lugar de un brazo se abrían y cerraban a la espera, como el pico de un predador con hambre. El Marine Espacial había perdido su espada, trató de levantarse y sacar su pistola. Un pie del orko sobre su pecho lo estrelló hacia abajo, inmovilizándolo en el suelo mientras las pinzas metálicas se cerraron alrededor del brazo que sacaba la pistola, triturando más que cortando a través de ceramita, de carne y hueso en un instante por la acción del gran pistón. El Grifo Aullante fue ahora más allá del dolor, al borde mismo de la muerte, su visión se volvía borrosa y oscura. El orko se cernía sobre él, levantó su garra brillante para golpearlo terminando así la matanza.

El golpe de gracia nunca llegó. El orko se echó hacia atrás, sin previo aviso, un agujero de perforación del tamaño de un puño floreció en su pecho. Un disparo, luego otro. El tercero explotó la cabeza del descomunal bruto y este cayó hacia atrás, el Marine Espacial inclinó la cabeza, vio las figuras de oro y carmesí dando grandes zancadas hacia él, sus humeantes bólteres buscando en la distancia más enemigos que matar. Lo estaban llamando a él. Era su nombre, estaba seguro, pero no pudo lograr entenderlo, lo oyó amortiguado por el eco del último latido de su corazón resonando en los oídos. No importaba de todos modos. Su nombre, el que fuera, se añadiría al cuadro de honor del Capítulo. Él era un Marine Espacial, uno más de los Grifos Aullantes, y había cumplido con su deber hasta el final.

Y el mundo se volvió negro por última vez.